Entrevista a Carmen Alemany Bay

Profesora titular de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Alicante

"(...), efectivamente, sí que fue autodidacta, pero como excelente autodidacta se dio cuenta de que, como en todas las cosas de esta vida, hay que trabajar mucho para llegar a ser excelente."

"Lo popular es prácticamente la propia piel de Miguel Hernández."

"Yo creo que la joya de Miguel Hernández es el* Cancionero y romancero de ausencias.*"

"Curiosamente en esos momentos, Miguel Hernández —poéticamente hablando— es más libre que nunca. Está en la cárcel, está entre barrotes, pero desde el punto de vista poético ya no tiene que seguir a nadie."

COLECTIVO SURCOS: Uno de los tópicos más extendidos sobre Miguel Hernández es que era un poeta autodidacta. Cuando lo escuchan los alumnos en sus estudios, asocian de manera instintiva eso de ser poeta con algo fácil. Como se codeó con lo más granado del panorama literario de aquella época, publicó libros, sus poemas se han musicalizado, pues..., en cierta forma es comprensible. ¿Qué opina de ese autodidactismo?

CARMEN ALEMANY BAY: Efectivamente, fue un autodidacta. El que después sería obispo, don Luis Almarcha, que tan mal se portó con él, en sus inicios le dejaba libros, le orientaba. Miguel Hernández leyó mucho. Él quería ser poeta, la ambición de su vida fue ser poeta y empezó a escribir versos, versos que mandaba a algunas revistas y periódicos de Orihuela, de Alicante, y se los publicaron. Eso, claro, le animó mucho. Pensó viajar a Madrid, con un cuadernillo debajo del brazo. Allí quería conocer a los grandes poetas del 27. Pero en Madrid se dio cuenta de algo que yo creo que es muy importante, y que creo que Miguel Hernández pensó: que la poesía es algo que hay que construir, que hay que trabajar para que el producto final de esa construcción sea perfecto. De manera que cuando en Madrid se da cuenta de que si quiere ser buen poeta tiene que trabajar, lo que hace a la vuelta en 1932, cuando poco a poco va construyendo su primer libro poético, *Perito en lunas*, es escribir frases y frases unas detrás de otras, que en realidad son imágenes. Así están en los manuscritos. Frases

que separa entre guiones. Entre frase y frase podemos ver que hay versos octosílabos, versos endecasílabos que él después irá recuperando en el verso. Algo que encontramos también en los manuscritos, y que nos hace pensar que en realidad él quería tener un bagaje cultural. Buscaba en los diccionarios, copiaba el significado de palabras para enriquecer su vocabulario y anotaba sinónimos, y después los recuperaba en su poesía; incluso anotaba refranes propios de Orihuela para ir construyendo todo eso.

Entonces, efectivamente, sí que fue autodidacta, pero como excelente autodidacta se dio cuenta de que, como en todas las cosas de esta vida, hay que trabajar mucho para llegar a ser excelente. Miguel Hernández tuvo que trabajar mucho la poesía, de eso fue muy consciente, y no sólo lo hizo en esa primera etapa, sino que a lo largo de toda su trayectoria, que en realidad fueron poco más de diez años de producción literaria, estuvo en todo momento trabajándola, prácticamente hasta el final.

COLECTIVO SURCOS: Hay algunos estudiosos que opinan que Miguel Hernández al provenir de una esfera social con pocos libros en su casa, o ninguno, tuvo que beber algo de las fuentes de la poesía oral, de la improvisación, del trovo, de su amigo Carlos Fenoll y del padre de éste, que era un trovero conocido en la comarca. ¿Qué parte tiene de influencia esa poesía oral en su obra?

CARMEN ALEMANY BAY: Él tiene bastante de esa poesía oral, de esas coplas que se cantan, o se cantaban, mejor dicho, en todos los pueblos, y que pasaban de padres a hijos. Incluso tiene algunos poemas —estoy recordando el dedicado a Álvaro Botella—, que son prácticamente una improvisación. Lo popular es prácticamente la propia piel de Miguel Hernández. Pero eso no debe hacernos pensar que por ser popular es inculto. Él, poco a poco, va adquiriendo una cultura de las fuentes literarias, españolas fundamentalmente. Pero sin duda ese acento popular es lo que hace que llegue mucho a la gente. El tono popular es precisamente eso: un modo de decir las cosas que convence a los demás porque se habla desde la sinceridad. Lo popular significa también eso: hablar desde las raíces. Y nadie mejor que Miguel Hernández, cuya poesía, a pesar de estar muy trabajada, nunca perdió su frescura popular y por eso llega, sigue llegando hoy día tanto (entre otras razones).

COLECTIVO SURCOS: Además, el trovero, como cualquier otro improvisador de la tradición oral, construye sus versos sobre estrofas que no siempre tienen una estructura métrica fácil: décimas, quintillas... Miguel Hernández después se enfrenta a otras estrofas clásicas y llega a ejercer un gran dominio sobre la octava real, el soneto...

CARMEN ALEMANY BAY: Él tenía una visión de la poesía, en unos primeros momentos muy influida por Ramón Sijé, y por tanto era un tipo de poesía clásica. No entendía lo del verso libre; eso vendrá después, en otra etapa. Pero al comienzo, cree que para ser buen poeta hay que escribir en estrofas muy encorsetadas y muy difíciles. Por ejemplo, una octava es muy difícil de escribir, porque tienes que transmitir un pensamiento y además encerrado en ocho versos que tienen que ser endecasílabos. Ese primer trabajo del poeta es durísimo, porque tiene que centrar su pensamiento y además cuadricularlo prácticamente. Además, lo mismo que hace con las octavas, lo hace con las décimas, y también escribe poemas de verso corto, de manera que es un aprendizaje muy fuerte a lo largo de tres, cuatro años. Hasta que empieza a escribir con avidez muchos sonetos, no sólo los sonetos de *El rayo que no cesa*, que son los más conocidos. Entre *Perito en lunas* y *El rayo que no cesa*, escribió muchos otros sonetos. Qué ocurre: que a él no le fue muy difícil escribir sonetos, porque son versos endecasílabos y ya tenía la experiencia de estrofas cerradas, y además el soneto casi es más fácil que la estructura de una octava. En el soneto hay un diálogo, hay un enfrentamiento entre una estrofa y otra, hasta llegar a una conclusión, por tanto eso le da más bagaje al escritor. Sin embargo, la octava es mucho más cerrada, ahí no hay diálogo, ahí es simplemente pensamiento. De manera que a Miguel Hernández, cuando escribe estos sonetos le resulta, como decía, bastante sencillo, entre comillas, porque escribir un soneto y además que sea bueno, cuesta siempre, aunque a él no le costara tanto.

Hay algo además muy interesante, ya que estamos hablando del proceso de creación, de la intensidad del proceso de creación en Miguel Hernández, y es que en los sonetos comprobamos que sólo cambia el comienzo. Cuando está haciendo todas esas pruebas ya prácticamente tiene el soneto, pero vuelve otra vez sobre sí mismo y tan sólo cambia al comienzo del poema. Las rimas siempre las

conserva; eso nos da una idea de cómo tenía ya pensado con anterioridad ese soneto. Prácticamente diría que tenía ya pensada las rimas y entonces las plasma y poco a poco va adecuando los versos para construirlo.

Me gustaría añadir otra cosa más sobre el soneto y es que los dos cuartetos le salen muy fáciles, el primer terceto le cuesta algo más y con el último ya batalla muchísimo, porque es cuando el poeta tiene que dar ya todo y cerrar todo lo que ha querido decir. Algo que también se observa en las octavas es que le costaban mucho los dos últimos versos, el pareado final, porque es también cerrar. Los cierres le costaban, el comienzo no, porque ya tenía la idea mental.

COLECTIVO SURCOS: Miguel Hernández, como vemos, fue desde el principio muy perfeccionista, muy exigente con su obra, pero: en qué libro crees que consigue su voz propia, su yo poético.

CARMEN ALEMANY BAY: Yo creo que la joya de Miguel Hernández es el *Cancionero y romancero de ausencias*. Aunque uno puede encontrar muchísimos elementos poéticos extraordinarios antes; pero claro, lo que le tocó vivir hizo que poco a poco se fuese perfeccionando y fuese, precisamente en la cárcel, cuando alcanzó su mejor obra poética. Escribe primero *Perito en lunas*, que es un libro de octavas. Él, que había estado en Madrid, que había visto y leído a los poetas del 27, que incluían muchas octavas por entonces, pensó que para ser similar a ellos, entre comillas, tenía que escribir octavas; para ser un gran poeta, reconocido, tenía que hacerlo, y como era bastante persistente, se dijo: voy a escribir octavas que sean perfectas. Y eso se refleja en una carta que envía a Federico García Lorca.

Después, en su segundo libro poético, escribe sonetos: *El rayo que no cesa*. En ese tiempo —lo publica en 1936—, los poetas españoles están escribiendo ya en sonetos; es un tiempo de "rehumanización" de lo poético, muy basado en esa estrofa. De forma que Miguel Hernández decide también apuntarse y escribir sonetos. Ha establecido por aquellos años una gran amistad con Vicente Aleixandre y con Pablo Neruda, quienes le descubren

también el verso libre. Esa sería ya la gran libertad versal de Miguel Hernández, porque se da cuenta de que el verso tiene una libertad inusitada y que no es necesario escribir en estrofas cerradas. Claro, eso le da otro aire. Yo creo que por ahí hubiese empezado otro tipo de poesía. ¿Qué ocurre? Pues que empieza la guerra civil. Se mete pueblo adentro, como él dijo, y empieza a escribir poemas que él cree personalmente, éticamente y moralmente, que tiene que escribir. Aunque, a pesar de las circunstancias, sigue teniendo ese intenso proceso de creación.

Utiliza, muchas veces, versos de tipo clásico, verso popular, de alguna manera, para transmitir a los demás. En la guerra hay dos libros de él que son esenciales, muy diferentes entre sí: *Viento del pueblo* y *El hombre acecha*. Mientras que el primero es mucho más popular, *El hombre acecha* es una reflexión. Claro, ya estamos en la estribaciones de la guerra, y se da cuenta de lo que está ocurriendo.

El momento álgido llega con el *Cancionero y romancero de ausencias*, que empieza a escribir a finales de la guerra civil y que terminará meses antes de su muerte, porque en los últimos momentos ya no puede escribir. Curiosamente en esos momentos, Miguel Hernández —poéticamente hablando— es más libre que nunca. Está en la cárcel, está entre barrotes, pero desde el punto de vista poético ya no tiene que seguir a nadie. Se da cuenta, claro, ha alcanzado la altura poética, es verdad, pero ya no tiene que escuchar lo que hacen los del 27, ni tiene que escuchar lo que hace la generación del 36, o sus contemporáneos, y el compromiso ahora ya es otro. En plena guerra civil hay que reivindicar una serie de valores, pero en la cárcel también. En la cárcel uno tiene que hablar de lo que está sintiendo, de la angustia de estar allí, de la ausencia, de la muerte del primer hijo, del amor de Josefina, que está fuera, de los amigos que están muriendo… De manera que en el *Cancionero y romancero de ausencias*, la mayor parte de sus poemas son joyas poéticas, están totalmente depuradas. Ya ha alcanzado esa excelencia poética y además, desgraciadamente, la cárcel le da mucha materia poética para hacerlo.